

3. JAVIER DE DIOS

(Madrid, 1966)

Bajo la superficie

No hay nada más visible que la superficie. Aquello que, para ser percibido, no necesita ser comprendido sino solo consumido, solo contemplado. Las creaciones que se asientan en la superficie pueden despertar interés, alcanzar notoriedad y mostrar distintos niveles de calidad técnica y artística, exactamente igual que las creaciones menos visibles. No tienen por qué ser superficiales desde la perspectiva del contenido, aunque es más probable que busquen un público masivo -algo que condiciona forma, fondo y producción- y que persigan prioritariamente un objetivo legítimo: el entretenimiento. Las creaciones que se asientan en la superficie son visibles por definición.

Pero hay otro tipo de creaciones que nacen de rincones y penumbras, de zonas intuidas, oscuras, la mayor parte de las veces también temidas. Creaciones que de entrada no resultan visibles y pueden llegar a no serlo nunca. Creaciones que germinan desde la necesidad de indagar en lo inexplicable, de dar voz a quien no la tiene -los invisibles del mundo- e iluminar, aunque sea de forma tenue, las tinieblas en las que cada ser humano y cada sociedad decide ocultar sus monstruos. Estas creaciones se mueven bajo la superficie y quizá a hacerlas visibles debiéramos dedicar nuestros esfuerzos como dramaturgos, como profesionales, como público. Porque, sin negar en absoluto la necesidad, el valor y el mérito del entretenimiento -defendido por autores tan poco sospechosos de frivolidad como Bertolt Brecht, por ejemplo-, son las creaciones bajo la superficie las que nos interpelan directamente, las que nos cuestionan hasta la herida, las que colocan delante de nosotros un espejo que nos dice: "Eres tú. Esto sois". El teatro bajo la arena que soñó Federico está esperando nuevas voces, nuevos gritos, nuevos sacrificios a pesar del miedo. O gracias al miedo. En un mundo que ha evolucionado hasta proporcionarnos múltiples formas de entretenimiento y que se esmera en incrementarlas día tras día, quizá el teatro haya basado su pervivencia milenaria en el inmenso poder que tiene para visibilizar aquello que negamos, que tememos y rechazamos pero que, inevitablemente, también forma parte de nosotros. Una parte esencial. Ser visible no es publicitarse. Visibilizar es desvelar. Y reconocer para comprender, y para transformarnos, por mínima que resulte esa transformación.

Quizá no importa tanto que escribamos comedia o drama, que hagamos performances o nos vuelva locos el teatro de texto, que nos convenza el posdramatismo o que nos atraigan las formas tradicionales... Quizá resulte más relevante plantearse si queremos cantar a la luz y a lo visible o indagar en lo oculto, pactar con el claroscuro. ¿Estamos dispuestos a bucear bajo la superficie y a dejar que el fondo, por turbio que se nos presente, se adueñe de nuestros textos? ¿Queremos eso? ¿Hacia dónde dirigimos la mirada como autores? ¿Qué visibilizamos para los demás y qué interés puede tener para ellos? O, dicho de otro modo: ¿por qué *necesitamos* ser visibles?

Renunciar a visibilizar es renunciar al teatro mismo. *Visibilizar*, no *visibilizarse*. El teatro siempre es transitivo.